Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Catequesis

Audiencia General

La oración de Jesús (4)

28 de diciembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

El encuentro de hoy tiene lugar en el clima navideño, lleno de íntima alegría por el nacimiento del Salvador. Acabamos de celebrar este misterio, cuyo eco se expande en la liturgia de todos estos días. Es un misterio de luz que los hombres de cada época pueden revivir en la fe y en la oración. Precisamente a través de la oración nos hacemos capaces de acercarnos a Dios con intimidad y profundidad. Por ello, teniendo presente el tema de la oración que estoy desarrollando durante las catequesis en este período, hoy quiero invitaros a reflexionar sobre cómo la oración forma parte de la vida de la Sagrada Familia de Nazaret. La casa de Nazaret, en efecto, es una escuela de oración, donde se aprende a escuchar, a meditar, a penetrar el significado profundo de la manifestación del Hijo de Dios, siguiendo el ejemplo de María, José y Jesús.

Sigue siendo memorable el discurso del siervo de Dios Pablo VI durante su visita a Nazaret. El Papa dijo que en la escuela de la Sagrada Familia nosotros comprendemos por qué debemos «*tener una disciplina espiritual, si se quiere llegar a ser alumnos del Evangelio y discípulos de Cristo*». Y agregó: «*En primer lugar nos enseña el silencio. ¡Oh! Si renaciese en nosotros la valorización del silencio, de esta estupenda e indispensable condición del espíritu; en nosotros, aturdidos por tantos ruidos, tantos estrépitos, tantas voces de nuestra ruidosa e hipersensibilizada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la interioridad, la aptitud para prestar oídos a las secretas inspiraciones de Dios y a las palabras de los verdaderos maestros*» (*Discurso en Nazaret*, 5-1-1964).

De la Sagrada Familia, según los relatos evangélicos de la infancia de Jesús, podemos sacar algunas reflexiones sobre la oración, sobre la relación con Dios. Podemos partir del episodio de la presentación de Jesús en el templo. San Lucas narra que María y José, «*cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor*» (Lc 2,22). Como toda familia judía observante de la ley, los padres de Jesús van al templo para consagrar a Dios a su primogénito y para ofrecer el sacrificio. Movidos por la fidelidad a las prescripciones, parten de Belén y van a Jerusalén con Jesús, que tiene apenas cuarenta días; en lugar de un cordero de un año, presentan la ofrenda de las familias sencillas, es decir, dos palomas. La peregrinación de la Sagrada Familia es la peregrinación de la fe, de la ofrenda de los dones, símbolo de la oración, y del encuentro con el Señor, que María y José ya ven en su hijo Jesús.

La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece a título especial, porque se formó en su seno, tomando de ella también la semejanza humana. Nadie se dedicó con tanta asiduidad a la contemplación de Jesús como María. La mirada de su corazón se concentra en Él ya desde el momento de la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos advierte poco a poco su presencia, hasta el día del nacimiento, cuando sus ojos pueden mirar con ternura maternal el rostro del hijo, mientras lo envuelve en pañales y lo acuesta en el pesebre.

Los recuerdos de Jesús, grabados en su mente y en su corazón, marcaron cada instante de la existencia de María. Ella vive con los ojos en Cristo y conserva cada una de sus palabras. San Lucas dice: «*Por su parte, (María) conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*» (Lc 2,19), y así describe la actitud de María ante el misterio de la Encarnación, actitud que se prolongará durante toda su existencia: conservar en su corazón las cosas, meditándolas. Lucas es el evangelista que nos permite conocer el

corazón de María, su fe (cf. Lc 1,45), su esperanza y obediencia (cf. Lc 1,38), sobre todo su interioridad y oración (cf. Lc 1,46-56), su adhesión libre a Cristo (cf. Lc 1,55).

Y todo esto procede del don del Espíritu Santo que desciende sobre ella (cf. Lc 1,35), como descenderá sobre los Apóstoles según la promesa de Cristo (cf. Hch 1,8). Esta imagen de María que nos ofrece san Lucas presenta a la Virgen como modelo de todo creyente que conserva y confronta las palabras y las acciones de Jesús, una confrontación que es siempre un progreso en el conocimiento de Jesús. Siguiendo al beato papa Juan Pablo II (cf. Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*) podemos decir que la oración del Rosario tiene su modelo precisamente en María, porque consiste en contemplar los misterios de Cristo en unión espiritual con la Madre del Señor.

La capacidad de María de vivir de la mirada de Dios es, por decirlo así, contagiosa. San José fue el primero en experimentarlo. Su amor humilde y sincero a su prometida esposa y la decisión de unir su vida a la de María lo atrajo e introdujo también a él, que ya era un «*hombre justo*» (Mt 1,19), en una intimidad singular con Dios. En efecto, con María y luego, sobre todo, con Jesús, él comienza un nuevo modo de relacionarse con Dios, de acogerlo en su propia vida, de entrar en su proyecto de salvación, cumpliendo su voluntad. Después de seguir con confianza la indicación del ángel —«*no temas acoger a María, tu mujer*» (Mt 1,20)— tomó consigo a María y compartió su vida con ella; verdaderamente se entregó totalmente a María y a Jesús, y esto lo llevó hacia la perfección de la respuesta a la vocación recibida.

El Evangelio, como sabemos, no conservó palabra alguna de José: su presencia es silenciosa, pero fiel, constante, activa. Podemos imaginar que también él, como su esposa y en íntima sintonía con ella, vivió los años de la infancia y de la adolescencia de Jesús gustando, por decirlo así, su presencia en su familia. José cumplió plenamente su papel paterno, en todos los sentidos. Seguramente educó a Jesús en la oración, juntamente con María. Él, en particular, debió de llevarlo consigo a la sinagoga, a los ritos del sábado, como también a Jerusalén, para las grandes fiestas del pueblo de Israel. José, según la tradición judía, debió de dirigir la oración doméstica tanto cotidianamente —por la mañana, por la tarde, en las comidas— como en las principales celebraciones religiosas. Así, en el ritmo de las jornadas transcurridas en Nazaret, entre la casa sencilla y el taller de José, Jesús aprendió a alternar oración y trabajo, y a ofrecer a Dios también la fatiga para ganar el pan necesario para la familia.

Por último, otro episodio en el que la Sagrada Familia de Nazaret se halla recogida y unida en un momento de oración. A los doce años, Jesús, como hemos escuchado, va con los suyos al templo de Jerusalén. Este episodio se sitúa en el contexto de la peregrinación, como pone de relieve san Lucas: «*Sus padres solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre*» (Lc 2,41-42). La peregrinación es una expresión religiosa que se nutre de la oración y, al mismo tiempo, la alimenta. Aquí se trata de la peregrinación pascual, y el evangelista nos hace notar que la familia de Jesús la vive cada año, para participar en los ritos en la ciudad santa. La familia judía, como la cristiana, ora en la intimidad doméstica, pero reza también junto a la comunidad, reconociéndose parte del pueblo de Dios en camino, y la peregrinación expresa precisamente este estar en camino del pueblo de Dios. La Pascua es el centro y la cumbre de todo esto, y abarca la dimensión familiar y la del culto litúrgico y público.

En el episodio de Jesús a los doce años se registran también sus primeras palabras: «*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?*» (Lc 2,49). Después de tres días de búsqueda, sus padres lo encontraron en el templo sentado entre los doctores, mientras los escuchaba y los interrogaba (cf. Lc 2,46). A su pregunta sobre por qué había hecho eso a su padre y a su madre, Él responde que hizo solo cuanto debe hacer como Hijo, es decir, estar junto al Padre. De este modo Él indica quién es su verdadero Padre, cuál es su verdadera casa, que Él no había hecho nada extraño, que no había desobedecido. Permaneció donde debe estar el Hijo, es decir, junto a su Padre, y destacó quién es su Padre. La palabra ”Padre” marca el tono de esta respuesta, y aparece así el misterio cristológico en su integridad. Por lo tanto, esta palabra revela el misterio; es la llave del misterio de Cristo, que es el Hijo; y abre también la llave de nuestro misterio de cristianos, que somos hijos en el Hijo. Al mismo tiempo, Jesús nos enseña cómo ser hijos, precisamente estando con el Padre en la oración. El misterio cristológico, el misterio de la existencia cristiana, está íntimamente unido y fundado en la oración. Jesús enseñará un día a sus discípulos a rezar, diciéndoles: ”Cuando oréis, decid ‘Padre’”. Y, naturalmente, no

lo digáis solo de palabra, decidlo con vuestra vida, aprended cada vez más a decir ”Padre” con vuestra vida; y así seréis verdaderos hijos en el Hijo, verdaderos cristianos.

Aquí, cuando Jesús está todavía plenamente insertado en la vida de la Familia de Nazaret, es importante notar la resonancia que puede haber tenido en los corazones de María y de José escuchar de labios de Jesús la palabra ”Padre”, y revelar, poner de relieve quién es el Padre, y escuchar de sus labios esta palabra con la consciencia del Hijo Unigénito, que precisamente por eso quiso permanecer durante tres días en el templo, que es la ”casa del Padre”. Desde entonces, podemos imaginar, la vida en la Sagrada Familia se vio aún más colmada de un clima de oración, porque desde el corazón de Jesús todavía niño —y luego adolescente y joven— no cesará ya de difundirse y de reflejarse en los corazones de María y de José este sentido profundo de la relación con Dios Padre. Este episodio nos muestra la verdadera situación, el clima de estar con el Padre. De este modo, la Familia de Nazaret es el primer modelo de la Iglesia donde, en torno a la presencia de Jesús y gracias a su mediación, todos viven la relación filial con Dios Padre, que transforma también las relaciones interpersonales, humanas.

Queridos amigos, por estos diversos aspectos que, a la luz del Evangelio, he señalado brevemente, la Sagrada Familia es icono de la Iglesia doméstica, llamada a rezar unida. La familia es Iglesia doméstica y debe ser la primera escuela de oración. En la familia, los niños, desde su más temprana edad, pueden aprender a percibir el sentido de Dios, gracias a la enseñanza y al ejemplo de sus padres, y vivir en un clima marcado por la presencia de Dios. Una educación auténticamente cristiana no puede prescindir de la experiencia de oración. Si no se aprende a rezar en la familia, luego será difícil llenar ese vacío. Y, por lo tanto, quiero dirigiros una invitación a redescubrir la belleza de rezar juntos como familia en la escuela de la Sagrada Familia de Nazaret, y así llegar a ser realmente un solo corazón y una sola alma, una verdadera familia. Gracias.

*(**Saludos** a los peregrinos de lengua española, y a los jóvenes, los enfermos y los recién casados)*

Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Catequesis

Audiencia General

La oración de Jesús (4)

28 de diciembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

El encuentro de hoy tiene lugar en el clima navideño, lleno de íntima alegría por el nacimiento del Salvador. Acabamos de celebrar este misterio, cuyo eco se expande en la liturgia de todos estos días. Es un misterio de luz que los hombres de cada época pueden revivir en la fe y en la oración. Precisamente a través de la oración nos hacemos capaces de acercarnos a Dios con intimidad y profundidad. Por ello, teniendo presente el tema de la oración que estoy desarrollando durante las catequesis en este período, hoy quiero invitaros a reflexionar sobre cómo la oración forma parte de la vida de la Sagrada Familia de Nazaret. La casa de Nazaret, en efecto, es una escuela de oración, donde se aprende a escuchar, a meditar, a penetrar el significado profundo de la manifestación del Hijo de Dios, siguiendo el ejemplo de María, José y Jesús.

Sigue siendo memorable el discurso del siervo de Dios Pablo VI durante su visita a Nazaret. El Papa dijo que en la escuela de la Sagrada Familia nosotros comprendemos por qué debemos «*tener una disciplina espiritual, si se quiere llegar a ser alumnos del Evangelio y discípulos de Cristo*». Y agregó: «*En primer lugar nos enseña el silencio. ¡Oh! Si renaciese en nosotros la valorización del silencio, de esta estupenda e indispensable condición del espíritu; en nosotros, aturdidos por tantos ruidos, tantos estrépitos, tantas voces de nuestra ruidosa e hipersensibilizada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la interioridad, la aptitud para prestar oídos a las secretas inspiraciones de Dios y a las palabras de los verdaderos maestros*» (*Discurso en Nazaret*, 5-1-1964).

De la Sagrada Familia, según los relatos evangélicos de la infancia de Jesús, podemos sacar algunas reflexiones sobre la oración, sobre la relación con Dios. Podemos partir del episodio de la presentación de Jesús en el templo. San Lucas narra que María y José, «*cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor*» (Lc 2,22). Como toda familia judía observante de la ley, los padres de Jesús van al templo para consagrar a Dios a su primogénito y para ofrecer el sacrificio. Movidos por la fidelidad a las prescripciones, parten de Belén y van a Jerusalén con Jesús, que tiene apenas cuarenta días; en lugar de un cordero de un año, presentan la ofrenda de las familias sencillas, es decir, dos palomas. La peregrinación de la Sagrada Familia es la peregrinación de la fe, de la ofrenda de los dones, símbolo de la oración, y del encuentro con el Señor, que María y José ya ven en su hijo Jesús.

La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece a título especial, porque se formó en su seno, tomando de ella también la semejanza humana. Nadie se dedicó con tanta asiduidad a la contemplación de Jesús como María. La mirada de su corazón se concentra en Él ya desde el momento de la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos advierte poco a poco su presencia, hasta el día del nacimiento, cuando sus ojos pueden mirar con ternura maternal el rostro del hijo, mientras lo envuelve en pañales y lo acuesta en el pesebre.

Los recuerdos de Jesús, grabados en su mente y en su corazón, marcaron cada instante de la existencia de María. Ella vive con los ojos en Cristo y conserva cada una de sus palabras. San Lucas dice: «*Por su parte, (María) conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*» (Lc 2,19), y así describe la actitud de María ante el misterio de la Encarnación, actitud que se prolongará durante toda su existencia: conservar en su corazón las cosas, meditándolas. Lucas es el evangelista que nos permite conocer el corazón de María, su fe (cf. Lc 1,45), su esperanza y obediencia (cf. Lc 1,38), sobre todo su interioridad y oración (cf. Lc 1,46-56), su adhesión libre a Cristo (cf. Lc 1,55).

Y todo esto procede del don del Espíritu Santo que desciende sobre ella (cf. Lc 1,35), como descenderá sobre los Apóstoles según la promesa de Cristo (cf. Hch 1,8). Esta imagen de María que nos ofrece san Lucas presenta a la Virgen como modelo de todo creyente que conserva y confronta las palabras y las acciones de Jesús, una confrontación que es siempre un progreso en el conocimiento de Jesús. Siguiendo al beato papa Juan Pablo II (cf. Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*) podemos decir que la oración del Rosario tiene su modelo precisamente en María, porque consiste en contemplar los misterios de Cristo en unión espiritual con la Madre del Señor.

La capacidad de María de vivir de la mirada de Dios es, por decirlo así, contagiosa. San José fue el primero en experimentarlo. Su amor humilde y sincero a su prometida esposa y la decisión de unir su

vida a la de María lo atrajo e introdujo también a él, que ya era un «*hombre justo*» (Mt 1,19), en una intimidad singular con Dios. En efecto, con María y luego, sobre todo, con Jesús, él comienza un nuevo modo de relacionarse con Dios, de acogerlo en su propia vida, de entrar en su proyecto de salvación, cumpliendo su voluntad. Después de seguir con confianza la indicación del ángel —«*no temas acoger a María, tu mujer*» (Mt 1,20)— tomó consigo a María y compartió su vida con ella; verdaderamente se entregó totalmente a María y a Jesús, y esto lo llevó hacia la perfección de la respuesta a la vocación recibida.

El Evangelio, como sabemos, no conservó palabra alguna de José: su presencia es silenciosa, pero fiel, constante, activa. Podemos imaginar que también él, como su esposa y en íntima sintonía con ella, vivió los años de la infancia y de la adolescencia de Jesús gustando, por decirlo así, su presencia en su familia. José cumplió plenamente su papel paterno, en todos los sentidos. Seguramente educó a Jesús en la oración, juntamente con María. Él, en particular, debió de llevarlo consigo a la sinagoga, a los ritos del sábado, como también a Jerusalén, para las grandes fiestas del pueblo de Israel. José, según la tradición judía, debió de dirigir la oración doméstica tanto cotidianamente —por la mañana, por la tarde, en las comidas— como en las principales celebraciones religiosas. Así, en el ritmo de las jornadas transcurridas en Nazaret, entre la casa sencilla y el taller de José, Jesús aprendió a alternar oración y trabajo, y a ofrecer a Dios también la fatiga para ganar el pan necesario para la familia.

Por último, otro episodio en el que la Sagrada Familia de Nazaret se halla recogida y unida en un momento de oración. A los doce años, Jesús, como hemos escuchado, va con los suyos al templo de Jerusalén. Este episodio se sitúa en el contexto de la peregrinación, como pone de relieve san Lucas: «*Sus padres solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre*» (Lc 2,41-42). La peregrinación es una expresión religiosa que se nutre de la oración y, al mismo tiempo, la alimenta. Aquí se trata de la peregrinación pascual, y el evangelista nos hace notar que la familia de Jesús la vive cada año, para participar en los ritos en la ciudad santa. La familia judía, como la cristiana, ora en la intimidad doméstica, pero reza también junto a la comunidad, reconociéndose parte del pueblo de Dios en camino, y la peregrinación expresa precisamente este estar en camino del pueblo de Dios. La Pascua es el centro y la cumbre de todo esto, y abarca la dimensión familiar y la del culto litúrgico y público.

En el episodio de Jesús a los doce años se registran también sus primeras palabras: «*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?*» (Lc 2,49). Después de tres días de búsqueda, sus padres lo encontraron en el templo sentado entre los doctores, mientras los escuchaba y los interrogaba (cf. Lc 2,46). A su pregunta sobre por qué había hecho eso a su padre y a su madre, Él responde que hizo solo cuanto debe hacer como Hijo, es decir, estar junto al Padre. De este modo Él indica quién es su verdadero Padre, cuál es su verdadera casa, que Él no había hecho nada extraño, que no había desobedecido. Permaneció donde debe estar el Hijo, es decir, junto a su Padre, y destacó quién es su Padre. La palabra ”Padre” marca el tono de esta respuesta, y aparece así el misterio cristológico en su integridad. Por lo tanto, esta palabra revela el misterio; es la llave del misterio de Cristo, que es el Hijo; y abre también la llave de nuestro misterio de cristianos, que somos hijos en el Hijo. Al mismo tiempo, Jesús nos enseña cómo ser hijos, precisamente estando con el Padre en la oración. El misterio cristológico, el misterio de la existencia cristiana, está íntimamente unido y fundado en la oración. Jesús enseñará un día a sus discípulos a rezar, diciéndoles: ”Cuando oréis, decid ‘Padre’”. Y, naturalmente, no lo digáis solo de palabra, decidlo con vuestra vida, aprended cada vez más a decir ”Padre” con vuestra vida; y así seréis verdaderos hijos en el Hijo, verdaderos cristianos.

Aquí, cuando Jesús está todavía plenamente insertado en la vida de la Familia de Nazaret, es importante notar la resonancia que puede haber tenido en los corazones de María y de José escuchar de labios de Jesús la palabra ”Padre”, y revelar, poner de relieve quién es el Padre, y escuchar de sus labios esta palabra con la consciencia del Hijo Unigénito, que precisamente por eso quiso permanecer durante tres días en el templo, que es la ”casa del Padre”. Desde entonces, podemos imaginar, la vida en la Sagrada Familia se vio aún más colmada de un clima de oración, porque desde el corazón de Jesús todavía niño —y luego adolescente y joven— no cesará ya de difundirse y de reflejarse en los corazones de María y de José este sentido profundo de la relación con Dios Padre. Este episodio nos muestra la verdadera situación, el clima de estar con el Padre. De este modo, la Familia de Nazaret es el primer modelo de

la Iglesia donde, en torno a la presencia de Jesús y gracias a su mediación, todos viven la relación filial con Dios Padre, que transforma también las relaciones interpersonales, humanas.

Queridos amigos, por estos diversos aspectos que, a la luz del Evangelio, he señalado brevemente, la Sagrada Familia es icono de la Iglesia doméstica, llamada a rezar unida. La familia es Iglesia doméstica y debe ser la primera escuela de oración. En la familia, los niños, desde su más temprana edad, pueden aprender a percibir el sentido de Dios, gracias a la enseñanza y al ejemplo de sus padres, y vivir en un clima marcado por la presencia de Dios. Una educación auténticamente cristiana no puede prescindir de la experiencia de oración. Si no se aprende a rezar en la familia, luego será difícil llenar ese vacío. Y, por lo tanto, quiero dirigiros una invitación a redescubrir la belleza de rezar juntos como familia en la escuela de la Sagrada Familia de Nazaret, y así llegar a ser realmente un solo corazón y una sola alma, una verdadera familia. Gracias.

*(***Saludos** *a los peregrinos de lengua española, y a los jóvenes, los enfermos y los recién casados)*